

Los silos de Villacañas

Por Luis G^a Montes

PREAMBULO

Antes de hablar de los silos de Villacañas, diremos algo de Villacañas de los silos, ya que al ser este pueblo el que mayor número de viviendas subterráneas ha tenido hasta muy recientemente, merece conocer algo de su historia.

Villar de Cañas y después Villacañas del Coscojo, (si bien entonces se escribía Villar de Cannas, hasta que bastantes siglos después se inventara la eñe), se llamó en principio este pueblo, cuando allá en los siglos anteriores al XII, y después aún, era sólo un pequeño poblado que pertenecía a Consuegra, (quinterías de Consuegra, dice la tradición). En plena Edad Media, a quien pertenecía realmente era a su castillo dada su importancia, protegiendo a Toledo militarmente, tanto en defensa como en ataque (de un bando ú otro, dados los avances y retrocesos de que estuvo empedrada la Reconquista) y también por la cercanía, protección y apoyo del camino más político y militar que España tuvo: Toledo-Córdoba.

Muy poco se sabe de este poblamiento de Villacañas hasta el siglo XII, sólo que aquí se establecieron los habitantes de otros cuatro poblados que estuvieron ubicados en nuestro actual término municipal y que se llamaron: Tirez, Borregas, Ormeña y Ormeñuela, que serían abandonados por epidemias, sequía, inundaciones u otras causas. O que se unieran entre sí para mejor defensa y convivencia, suceso éste generalizado en La Mancha, ya que cada uno de los pueblos actuales que la componen, tuvieron en sus cercanías otros asentamientos; habiéndose conseguido a través de la historia, que en La Mancha sean todos grandes. Ciudad-Real, a pesar de su gran extensión, sólo tiene 98 municipios; Albacete, 86; Toledo, 204 (zona de transición); Cuenca 234 y Guadalajara, 289, que suman los 911 pueblos que comprende la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, lo que define claramente lo que es Mancha y lo que no lo es. Y si hallamos la media de habitantes por población, vemos que mientras Ciudad

Real nos dá 4.777, Guadalajara sólo 495, con los de la capital incluida, pues sin ella, a los pueblos de esta provincia les corresponden 298 habitantes por cada municipio. Notoria desigualdad es ésta, dentro de una misma comunidad autónoma.

En el siglo XII y concretamente en el año 1183, con la donación de este territorio a la Orden Militar del Hospital o de San Juan de Jerusalén, por el rey Alfonso IX, pasa Villacañas a pertenecer, por imperativo de la reconquista cristiana, a dicha Orden, de la que fue primer Prior Don Pedro de Arcis, y que comprendía los pueblos de: Alcázar, Argamasilla de Alba, Arenas, Camuñas, Herencia, Madridejos, Manzaneque, Quero, Templeque, Turleque, Urda, Villacañas, Villafranca de los Caballeros, Villarta y Yébenes, algunos de los cuales y desde entonces se siguen llamando San Juan, como todo el Priorato, cuya capital era Consuegra. También comprendía las entonces aldeas de Las Labores, Ruidera y Puerto Lápiche, y los despoblados de Villacentenos (por donde se sume el río Guadiana), Tirez, Villaverde, Villacañas de Algodor y Castelnovo. También poseían los castillos de Consuegra, el de Cervera (por Alcázar) y el de Peñarroya (donde el pantano del mismo nombre), y además, el convento-santuario de Santa María del Monte, en Urda. De esta forma, como los demás pueblos enumerados, Villacañas se vé unido a la naciente administración que radica en Consuegra, a la sombra de su castillo y bajo el poder del Gran Prior de la Orden, quien le concede la Carta Puebla (*cartam de populatoribus*), que firma el comendador Ferrant Ruiz, en 1230, primera que se concedió a los pueblos que componían el Priorato.

Bajo esta administración prioral, basada en el fuero de Consuegra que otorgara el rey Alfonso VIII, vivió esta población de Villacañas aquellas centurias medievales, hasta que ya en la Edad Moderna, año de 1557, el día 12 de Mayo, recibe el nombramiento de villa del rey Felipe II, si bien firmado por su hermana, la princesa Juana de Portugal, gobernadora a la sazón de los pueblos de España y mediante el pago a la Corona de ocho mil ducados, equivalentes a tres “quentos” o millones de maravedises,... para la guarda y provisión de fronteras destos rreynos y de afuera y pagar las galeras y otras cosas... y vos eximo y vos aparto de la “jurisdicción de la villa de Consuegra y de los alcaldes ordinarios y otros cualquier justos e jueces della y vos hago villa”.

Nueve años después, según las Relaciones de Felipe II, vemos que la población de esta villa la componían quinientos vecinos. Dos siglos después, en 1752, el número de vecinos era de mil, según nos dice el catastro del Marqués de la Ensenada.

En la guerra de la Independencia, esta población y según historiadores se distinguió por su resistencia al enemigo, no permitiendo que pasara a

ella, después de los encarnizados ataques de que fue objeto durante los días 20 al 25 de Diciembre de 1809.

Y hasta aquí, muy resumidos, sus datos históricos.

Villacañas está situado al oriente de la provincia de Toledo, a la que pertenece desde finales del primer tercio del siglo XIX, cuando fue anexionado administrativamente a esta provincia desde la de La Mancha, a la que pertenecía, igual que los pueblos de esta zona.

INTRODUCCION

El silo vivienda es conocido en algunos pueblos de nuestro entorno: La Guardia, Quero, El Romeral, Madridejos, Criptana; en Guadix y El Sacromonte en Granada; Chinchilla en Albacete; también en otros puntos de Andalucía. Hasta de China hay noticia de su existencia. Pero en la masiva cantidad que los ha habido en pleno uso y habitados en Villacañas, hasta hace pocos años, no. Y ello es la causa de que sean y hayan sido noticia estos silos de Villacañas, y de que investigadores históricos y sociológicos le hayan dedicado atención, así como periodistas y arquitectos, dado el gran número de ellos. Pues se aproximaron a los 1.700 (mayor número que de casas), en una población de 9.000 habitantes.

El silo está totalmente excavado en tierra llana, sin concesión alguna a favor de obras de paredones o taludes, desmontes en algunos caminos, etc. El acceso al mismo es en forma de rampa, al que llamamos "caña". Se partía de cero y con una anchura de metro y cuarto con pendiente de los 30/35 grados con referencia a la superficie y dejando ya tallados los peldaños de la escalera. La dirección de esta caña, centrada en el solar (cuadrilátero de 21,68 metros de lado) se hacía siempre a saliente o poniente, siendo muy raros los de norte o sur. Y además no influía, por la centralización dicha, en los accesos al mismo, que eran caminos que se dejaban más o menos urbanísticamente por los agrimensores, formando cuadras o manzanas, según la figura de la tierra que se vendía para silos; los caminos ya existentes, u otros silos linderos, ya construídos. La superficie de las vías de acceso que se dejaban, llamados carriles, eran a cargo de la propiedad que vendía. Se seguía vaciando la caña, con su inclinación correspondiente, hasta un punto que medido en su vertical se estimaba suficiente en profundidad para comenzar el vaciado en horizontal, con altura oportuna para las habitaciones y techo o cielo también suficiente para la sustentación mediante el arco del vaciado, a veces rebajadísimo y atrevido. Y lo era aún más en las habitaciones interiores, las que no dan a la caña, ya que en el centro del techo de ellas, en el mismo lugar de la clave

del arco, se abría sobre el terruño como una chimenea, a la que se denominaba “lumbrera”, (lucera), teoría esta concordante arquitectónicamente con la media naranja sobre el anillo reducido de los cruceros y capillas de los templos. En algunos silos y por efecto del grado de compacidad las paredes de las habitaciones las dejaban arqueadas con inclinación a favor. En el final de la caña excavaban tres habitaciones, derecha, izquierda y fondo, y dentro de ellas, al mismo nivel, otras más según necesidades y familias y también para pajar, que se llenaba de paja por las lumbreras; y para granero, dividido en trojes.

En la mitad de la caña de acceso y con puertas a ésta solían hacerse a derecha e izquierda un par de habitantes, de más bajo techo, para dedicarlas a cuadra, gorrinera, gallinero o para los aperos agrícolas; también un fogón, para guisar en el buen tiempo. En algunos silos se hacía quebrar la línea de la caña en ángulo, para preservarla del polvo en las grandes tolvaneras que en La Mancha suelen darse, poniendo siempre en el principio de la caña, a ambos lados, hitos o piedras perfectamente encalados, como guardacantones de las únicas entradas a vivienda que no han pasado carruajes; si bien su fin es más de aviso y señal en las noches oscuras. Abajo de la caña, en el zaguán, sus tres puertas, protegidas de la lluvia por la cimbra y su peineta, que son una bóveda de cañón coronada por un murete en su principio que acaba en cuadrado generalmente. En el suelo y para recoger las aguas de lluvia que caen en la caña, existe el “xagüero”, (desaguadero), que es un pozo profundizado hasta el nivel freático, donde las lluvias van a parar por un albañal hecho de una cañonera vieja de rueda de carro, bajo el cerco o umbral de la puerta de fondo. También suelen tener los silos un pozo dentro, que es de agua salobre, como todos, para caballerías y para limpieza.

En la superficie total exterior —llamada patio—, rodeada en tres de sus lados por el terrero de la tierra del vaciado del silo, con bloques compactos del terruño o de adobes cocidos al sol, perfectamente enjalbegados se hacía, en vertical con su asiento, una especie de diván orientado siempre al mediodía, al que llamaban solana, para tomar el sol en los días claros del invierno. Estos terreros se llenaban, previa plantación, de pinchosas cambroneras, que daban sombra y servían de tendadero de la colada. El verdor de estas plantas, cubriendo los barrios de silos, ceñían como un dogal las tres cuartas partes del casco de la población, según podrá apreciarse en la foto retrospectiva tomada desde la torre de la iglesia en 1925; y también en el área que ocuparon los silos, señalizada en el plano de la población actual. Emergía en este patio, además, la sarmentera, que era el signo externo de propietario de viña y que solía hacerse con cuatro traviesas del ferrocarril, para debajo poner el carro; una o dos chimeneas blanqueadas, que surgen del suelo como una eclosión, las llamadas lumbreras como chimeneas enanas; el barranco-estercolero, con cuatro paredes o bardas y

algún que otro detalle con fin determinado. Todo esto a la vista, en el amplio solar que ocupaba la extensión superficial de un celemin de tierra, dozava parte de una fanega del marco de seiscientos estadales de once pies de lado (no reales), o sea 470 metros cuadrados, cuyo lado de este cuadrado resultan los 21,68 metros dichos.

Pero el silo, en otros aspectos históricos, físicos, sociológicos, económicos, bibliográficos, es más minucioso y requiere más detalles y un estudio a fondo más entretenido.

Orígenes del silo

El silo nació... ¡que difícil es saberlo! Y cuántas conjeturas se han hecho sobre sus orígenes y siguen haciéndose cuantos quieren estudiarle! Pero vamos a intentarlo y para ello eliminaremos y sentaremos premisas que la tradición oral y la investigación escrita, han dado como posibles.

Partiendo de la realidad de que el silo, ha sido una vivienda humana y que dadas sus características de ausencia total de paredes maestras, así como de cubierta, fachada, forjados, huecos, aleros, y demás detalles de albañilería, demuestra bien a las claras que ha sido autoconstruido por sus moradores de ayer, dada la economía y concordancia con otros factores que lo complementan, siendo el principal el del vaciado, que con pico, pala y esportilla y ganas de trabajar, se resolvía con facilidad, personal o familiarmente.

Se habla hasta de “trogloditismo”, idea que hay que desechar a pesar de las apariencias, ya que podría parangonarse con la caverna; y en el paleolítico, ni había herramientas ni se trabajaba; así, fue ya en el neolítico cuando el hombre comenzó a hacerse algún instrumento que iba necesitando. Pero hasta hacer una excavación en la tierra faltaban aún miles de años y sólo utilizaban para guarecerse las cuevas naturales o las cárcavas. Por tanto desechamos la ascendencia del silo a aquellas edades tan remotas, ya que entonces aquel hombre primitivo había de vivir forzosamente con alimentos, frutos y agua más a mano, que las que tuviera entonces esta llanura manchega sobre su faz.

Y partamos de la Era Romana, ya que lo anterior es como una nebulosa. Pensando en lo exiguo que la población ibérica por entonces, hay que suponer que estos vivían en parajes más abruptos para defenderse, más feraces para alimentarse y con más agua de superficie y menos salada que nuestras lagunas. Este pueblo de Villacañas, que entre otros títulos tiene el de mayor número de silos que hayan existido jamás en pueblo alguno,

(pues su número llegó hasta hace pocas décadas, como antes se dijo, a 1700), los tenía numerados y clasificados en barrios: Sur, Concepción, Madrid, San Ildefonso, La Cierva, Romanones, Rincón, Zamora, Jenaros, Vistillas, Zaragoza, Santa Catalina, Barranco de la Arena y creo que alguno más. Bajo los romanos, —claro está— los silos no existían ni tampoco este pueblo.

Y todavía en el siglo XVI, de tanta creación en España, tampoco se han creado los silos. Y lo sabemos porque este rey, Felipe II, con sus sabias pragmáticas, ordenó desde El Pardo, el 26 de octubre de 1575, que se hicieran por los alcaldes, asesorados por hombres-buenos, las contestaciones a un formulario de preguntas que eran el compendio para un más exacto conocimiento de las características, situación, fuentes de riqueza, ríos, viviendas, vecinos: relación, en fin, de los pueblos de España. Así, a la pregunta 33, se responde: “En esta villa son las casas todas de tierra (tapiales) y algún yeso. Vase por la madera para cubrir a Cuenca, que estará veinte leguas, traese la teja de Madrideojos y Villafranca, que estará a cuatro leguas”.

Y en la pregunta 39 dice: “esta villa será de hasta quinientos vecinos, poco más o menos”.

Y estas contestaciones que hicieron y firmaron los vecinos de esta villa, “Francisco López Román, Juan Fernández Zurdo, Francisco Hernández y Juan López Cervantes, el día 4 de enero de 1.576”, nos dicen con su silencio sobre los silos, que tampoco existían aún.

Todavía tiene que correr algún siglo más para que la historia escrita dé cuenta de los silos. Por fin, el día 11 de agosto de 1752, se dá con su existencia fehacientemente. Fue con motivo del Catastro del Marqués de la Ensenada, que ordenara realizar el rey Carlos III. Este catastro muy minucioso, como todo lo que se le ocurrió a este rey, sobre datos estadísticos, económicos y sociales, de esta población, que había que ser con el tiempo campeona de silos, ya registraba una población de “mil vecinos, que había 734 casas habitables, inhabitables 6, y arruinadas 4. También hay como 28 silos e habitaciones por vaxo terra, en la que habitan vecinos pobres”.

Ya habían nacido, aunque sin fecha exacta, los silos; y aquí estaba esta vivienda que estudiamos, en el espacio villacañero y en el tiempo de aquel siglo XVIII, el siglo de la Ilustración. Y llegamos al segundo siglo de existencia de los silos, que fue el XIX, y en los primeros años nos invaden los franceses.

Los silos sufrieron en su estructura, por la onda de las detonaciones. Pero ayudaron a los villacañeros defensores, sirviendo de trinchera y no

se les dejó pasar, capitulando, eso sí y concertando entregarles a distancia comestibles para los caballos y pienso para ellos. El Padre Salmón, del orden de San Agustín, en su "Resumen histórico de la Revolución de España. Año de 1808", nos dice de la enconada resistencia en parapetos de carros y galeras y de la organización de la defensa a cargo del "General Zapatero", del que la Prensa afrancesada de Madrid decía ser un "zapatero de viejo", así como de que les disparaban a los franceses desde una especie de trincheras excavadas donde unas chimeneas, que surgían del suelo sin más edificación; eran las chimeneas de los silos.

También dice Otto Jessen de esta perspectiva: "El cuadro que ofrece la ciudad troglodita es sumamente extraño. El suelo pelado, con tantas bocas, recuerda las trincheras de una guerra de posiciones. Las chimeneas redondas, que aquí y allá sobresalen entre montones de tierra pardo amarillenta y rojiza, parecen, vistas desde lejos, como lápidas mortuorias; los caminos y sendas pasan por enmedio de ellas, sin que dejen sospechar la vida subterránea que bajo ellas se oculta".

Y por esas heroicas fechas nada se dice del número de silos que eran en total, desde aquella mención de Ensenada del siglo anterior. Pero debían haber aumentado en alguna proporción, dadas las necesidades de esta población de Villacañas y no haber variado sustancialmente las circunstancias. Y así llegamos a mediar el siglo XIX, concretamente en 1847, cuando Don Pascual Madoz nos dice en su *Diccionario Geográfico, Histórico y Estadístico*, que el número de silos en esta localidad es de 300. Y que había entonces 931 vecinos, que sumaban 3.375 almas villacañeras.

Y en el resto de este siglo XIX suponemos que iríanse excavando más silos en la parte alta de la población, hasta el número de 600, que había en el año 1893, concretamente el día 14 de septiembre, fiesta del Cristo del Coloquio en que a las cinco de la tarde comenzara a llover. Lo hizo tan torrencialmente, que en veinte minutos se inundaron tantos silos que parecieron ahogadas 43 personas de sus habitantes, principalmente de los situados a derecha e izquierda del Carril de los Bueyes, hoy Avenida de la Paz. Sería terrible ver bajar el agua desatada en torrente sobre la caña, inundando rápidamente todas las habitaciones. De esta catástrofe, amnoriada por los actos de heroísmo que efectuaron los vecinos Jesús Huertas, Gerardo García Plaza, Regino Pérez, Gregorio Moraleda, Antonio Irala y muchos anónimos, los 600 silos que entonces eran se arruinaron por inundación, que es la peor ejecución que de los silos se puede realizar, la mitad, 300; (52 totalmente, 71 ruinosos para destruir y el resto más o menos sin ruina inminente, pero destilando humedad). Quedaron los silos reducidos a 300, que estaban más en alto; creemos que no se prodigaría el afán de nuevas construcciones de silos en bastantes años, por el trágico resultado experimentado y también por haberse construído a continua-

ción, para entregar gratuitamente a los damnificados, cierto número de casas suficientes, que fueron 102, que constituyeron el nuevo barrio de don Venancio González, ilustre lillero, que a la sazón era Presidente del Gobierno.

Así llegamos al actual siglo XX. Y fue en la segunda y más en la tercera década de este siglo cuando resurge, como moda retrospectiva que reacciona, protegida por ciertas circunstancias condicionantes que lo abonan y llegan a la cifra de 1.700, en un pueblo de 3.200 familias; superando al número de casas. Las razones, más o menos convincentes de la preferencia de los villacañeros por esta vivienda, pueden ser algunas o la conjunción de todas las condiciones y circunstancias que reseñamos y estudiamos a continuación.

Circunstancias favorables

Baratura del solar

En las citadas décadas y hasta la quinta del actual siglo, se compraba el solar, "sitio del silo", por veinte duros, perfectamente señalado y con accesos y servidumbres previsto. Como el solar era de un celemín de tierra, se hacían cuadrados a cartabón de 21,68 metros que es el lado del celemín y se obtenía un área de 470 metros cuadrados. Cada dos solares se dejaban tres metros para carril, que perdía la propiedad, y en su perpendicular otros tantos, o al menos un carril o calle con miras a un ensanche, como en los actuales "planes parciales"

Autoconstrucción

Quizás sea ésta la razón más poderosa para convertir en vivienda una tierra de cultivo de cereal. Para picar valían todos, si bien en ello, en el acabado de la obra, se precisaba el grado de competencia del promotor. Y así que se había hecho el vaciado y sacada la tierra, a esportilla, y puesta en tres de sus cuatro lados para delimitarlo y cercarlo, seguían en el suelo las pajas del rastrojo del cultivo anterior, hasta que se compactaba con el uso.

Economía de materiales

También era importante este capítulo. Ni cimientos, ni murallas, ni soleras, ni formas, ni enlatao, ni tejas. Ventanas, con un par era suficientes. Ni aleros ni canecillos, ni limas, y el solado era arbitrario. Los albañiles

iban al final para fijar las puertas, hacer la campana de la chimenea, sacar fuera ésta de forma troncocónica, con terminal de tejas en trípode vierteaguas, de un par de metros de altura que salvase la de los terreros, por los humos. Y la cimbra, siempre airosa, con su peineta, en el comienzo de la bóveda de cañón. Sin ellas, la caña quiere parecerse más a una sepultura. También se enlucían ambos paramentos de la caña, para evitar derrumbes; y cajoneaban los fallos del terreno también, por mantener la verticalidad de estas paredes, que constituyen la entrada al silo. A veces se coronaban estos paramentos con unas hileras de tejas puestas al lomo o cobija, cogidas con yeso, que resultaban como una imposta que rompía la monotonía de cal y sol.

Y ahora viene la cal, este aditivo de la construcción de tanta importancia en los silos; sin ella no sería vivienda humana, sino inmunda cueva. La cal desinfecta, blanquea y refracta la luz del exterior, iluminando los interiores por reflejo en los paramentos de la caña.

Cuando las paredes y techos de las habitaciones y por la óptima clase del terruño es lo suficientemente compacto, se hacía el acabado minucioso, usando picos perfectamente aguzadas sus bocas para este fin, tipo azuela, por los herreros forjadores de esta villa. Así solían hacerlo en general y muy en particular el tío "Pajarito", (Jesús López) y el "Cojo Rojo" (Florencio Rojo Zaragoza), maestros ambos en el oficio. Este acabado consistía en dejar la pared y techo con la señal de cada uno de los picazos equivalentemente a la pintura de pasta, tratada con espátula. Y sigue con la misma señal o dibujo muchos años después y tras de cientos de enlucidos. La cal resplandecía por doquier y limitaba su blancura deslumbrante la "cinta", casi siempre azul, esa enigmática "cinta" que dividía a su vez que subraya, la obra del hombre, de la cultura, de lo que es Naturaleza.

En el vaciado de las habitaciones se seguía en techos y dinteles el medio punto como medida precautoria de posibilidades de hundimiento, aunque este medio punto se hacía a veces tan atrevido, tan rebajado, que no era perceptible a simple vista la curvatura. Y ésto en habitaciones de cuatro o más metros de anchura, en los que no llegaba su medio punto a quince centímetros de radio. Y ello era posible por la calidad del terruño, su grado de compactación e impermeabilidad y el equilibrio de sus componentes físicos, que resisten sobre el vano de más de doce metros cuadrados que mide cada habitación, mas el cielo de la misma, de dos metros de espesor y además con el peso encima de carruajes y aperos agrícolas. En cambio, en otros, y por la calidad del terreno, las paredes de las habitaciones están con inclinación a favor de obra, como continuidad del arco. Y en otros, el techo es completamente plano; sólo en su confluencia con la pared aminora la excavación y forma como una escocia, con las inclinaciones de techo y pared, matando al vértice del ángulo de las líneas vertical

y horizontal, constituyendo la sustentación un arco adintelado o deprimido y a veces carpanel.

Sobre los techos en bóveda con arcos tan rebajados y atrevidos, nos recuerda el que sustenta el coro de la iglesia parroquial, de factura escarzana, digno de aprecio y admiración por su perfección y técnica. Y con igual característica, del medio punto rebajadísimo, se concibió adrede la hermosa arcada del Ayuntamiento, construido hace una docena de años. Sugerimos a los villacañeros que estos arcos, que de cierto modo se prodígan en la villa, sean datos a considerar para la creación del escudo municipal, aún por hacer, o al menos actualizar; juntamente con otras características locales e históricas que correspondan con su historia y circunstancias, como las cañas, castillo comenzado a construir, la cruz sanjuanista de ocho puntas, hoy de Malta, etc., que puedan ser mensaje heráldico e histórico de la villa, en vez del escudo actualmente en uso, que adoptó arbitraria y caprichosamente la anterior Corporación Municipal: el castillo entre flores y plantas bordadas en recamado a varios colores, tan impropio de esta tierra árida y seca y más propio de estandarte de cofradía religiosa, la del Sacramento, del que fue copiado arbitraria y burdamente.

Circunstancias sociales

También estas circunstancias han abonado la construcción, que no la erección de nuestra vivienda subterránea; los silos. La emigración no existía por estos pueblos agrícolas de La Mancha; es más, en época de recolección había inmigración. Hasta la tercera década de este siglo venían segadores murcianos y antes vinieron también gallegos. Y es que la agricultura, la madre tierra, amparaba cual clueca gigantesca a la mayoría de la población. España dedicaba el sesenta y tantos por ciento de su población activa al sector primario, (agricultura, ganadería, minas), que en Villacañas llegaría al noventa y tantos, dada la inexistencia total de minas, y la escasa actividad industrial (secundario) y el de servicios (terciario), solo un exigüo grupo.

Y siguiendo esa línea de ahora y entonces, vemos que si España tiene actualmente el 18,8%, dedicado a la agricultura, (que en Castilla-La Mancha es el 37%), en Villacañas, así como entonces subía de la media nacional, ahora debe estar en el promedio de España-Castilla La Mancha, a pesar de su gran área agrícola en plena explotación. Y estas condiciones enumeradas, abonaban la proliferación de tantos silos en aquellas pretéritas fechas, como demandaban los nuevos matrimonios.

Así, casi siempre antes de la boda, una vez consolidado el noviazgo y hecha "la mili", se adquiría un "sitio de silo" con los consabidos veinte du-

ros, pedidos si no los había, al amo a cuenta de la siega, (trabajo a destajo penoso y remunerado). En los temporales y paros estacionales y sobre todo en el otoño, se ponían a picar y a sacar esportillas, con la garrucha o polea pendiente de un trípode de palos viejos. Mientras él, abajo, picaba y llenaba, ella, arriba, tiraba y vaciaba. Sobre esto se hacían muchos chistes, aunque si eran verdad alguna vez, (que cuando se casaban ya tenían el silo acabado y eran tres). Luego venía el vestirlos de artísticas esteras de pleita, o de crizneja que hacían los pastores, serijos de paja, zaleas de carnero, cantareras, cenacha, maracos de paja, jarreras y demás artesanía rural de esparto teñido con fucsina. Con la vivienda resuelta, en un régimen de autoconsumo, la cría del gorrinito que abastecía la despensa y además el pluriempleo, no faltaba actividad y trabajo y ayudados por la familia salían a flote azafrales, melonares, la viñita y otros cultivos que complementaban como fuentes de ingreso la percepción de jornales en viñas y escardas, rejaco, agostería, entrada de paja, así como los destajos de siega y apertura de hoyos para viñas, como trabajos eventuales; que en los fijos, la gañanía, era una especialización y ocupaba todo el año, de San Miguel, mediante ajuste previo en dinero, mas la ración, (que era una fanega de trigo al mes), y el “pijuar” (pegujar), que solía ser de cuatro a seis fanegas, que era el coeficiente por el que había que multiplicar el número de simientes obtenidas en la cosecha como resultado anual, (ocho, diez o doce fanegas por fanega de tierra), que resultaban cincuenta o sesenta fanegas que ya limpias se llevaban cada uno de los gañanes, como sobresueldo. De esta forma la agricultura, salvo contingencias, daba de comer a casi todo un pueblo con las mismas explotaciones agrarias que ahora y entonces con menores rendimientos. Y hasta ciertos oficios necesarios, barberos y otros, se pagaban en igualas de trigo. Sobre estos gañanes he de decir que, siendo incluso los más competentes y de empleo seguro, su ideal era la emancipación, la independencia, y gustosos dejaban de servir para ponerse por su cuenta con una yunta de lentos borricos mal atalajados, acostumbrados ellos a mulas nuevas y grandes y buenos aperos y guarniciones; pero ser cabeza de ratón, que no cola de león, era la meta de los gañanes y de tantos oficios; al revés que ahora.

Pero el habitante, el promotor, el constructor del silo, era preferentemente el bracero, el eventual, el peón, que salía al campo con su burro pequeño, siempre entero, con gran potencia de rebuzno, pues el que tenía burra era para coyuntar y labrar alguna faneguilla para trigo, o cebada, o titos o yeros, y además machistas; siempre en trotecillo, con sus aguarones cinchados por los que asomaba el astíl del azadón, la manta terciada y el peón subido a mujeriegas y así ver mejor las besanas y emitir juicio crítico, no exento de humor y “segundas”. Y al anochecer se llenaban en hilera los caminos de hombres subidos en las caballerías y carruajes de labor, que regresaban del trabajo cotidiano de la tierra y en la noche cerrada se guarecían en sus hogares, de los que acusaba su vida interior el humo de las chimeneas.

También algunos de los habitantes de silos tenían, además, afición a la caza. Y bien con las ballestas o con los galgos, donde no hubiera que gastar pólvora, se obtenían de la madre tierra los productos de la caza de pluma y pelo. Y con esos galgos, de “angustiosa delgadez” que dice Otto Jensen, que es el auténtico perro de La Mancha; perros de llanura, que cazan con la vista más que con el olfato y así dominan las llanas tierras manchegas.

Y todas estas actividades y criar la familia eran posibles dentro de la vida del silo, a pesar de su subterrneidad y en perfecta relación de amistad y vecindad con los habitantes de silos vecinos, pero con independencia total cuando la vida familiar lo requiriera, ya que el silo con la inexistencia de paredes y tabiques divisorios, falta de vistas y de escaleras comunes, son el símbolo de la independencia completa, así como la imposibilidad de partición y división en las sucesiones hereditarias: vivienda única e indivisible. Dato éste que también abona su proliferación.

Circunstancias físicas

La máxima proliferación de los silos tuvo lugar en la tercera, cuarta y quinta década de este siglo, al ir encontrándose un magnífico subsuelo en las margas yesíferas del Terciario, con mezcla tan idónea de arcilla y caliza que constituyen una uniforme compactación de gran resistencia, protegida del deterioro que acusa la aireación por las continuas capas de encalado, así como la escasa ventilación horizontal. Esta se conseguía en vertical por la consabida “lumbrera”, precursora del “shunt” tan logrado en la actualidad para ventilar los cuartos de baño interiores, en viviendas superpuestas o casas de pisos. La ventilación por la “lumbrera” resultaba eficaz hasta en cuadras y gorrineras.

Pero a partir de los primeros años de la cuarta década, concretamente en 1932, se inaugura en Villacañas la traída de aguas (creo que la primera de la provincia) desde los pozos de Tirez, distante nueve kilómetros de la población y previo bombeo. Y comienza, aunque lentamente, el vertido de aguas sucias a través de fosas sépticas y estercoleros, cuya agua no era de los pozos de la población; y comienza, por lo tanto a aumentar el nivel freático por falta de tiro del valle, que apenas existe, de nuestra cuenca del Guadiana. El lento pero constante aumento de dicho nivel perjudicó por la base a los silos, por no existir aislamiento contra la humedad; así como sí existe, según dijimos, contra la resecaión por medio de la cal. Después, ya en los primeros años de la octava década, se canalizaron los vertidos de aguas mediante el saneamiento municipal por alcantarillado que hace bajar ese nivel freático; incluso, su instalación en el subsuelo de las calles

sirven de drenaje, para el mejor discurrir de las aguas subterráneas a sus posibles niveles.

Esta circunstancia de humedades aceleró el abandono de los silos que había comenzado en serio en la década del desarrollo, bien por la mejoría económica conseguida y también por la emigración, pues el silo deshabitado ha sido, y sigue siendo solar cotizado para la nueva construcción, además de los reconvertidos en casas por sus moradores.

Silos-Quinterías

Existe la posibilidad de que el silo, primero fuera refugio y descanso de labradores y sus caballerías y contra las inclemencias del tiempo, durante las faenas agrícolas y éste sería el origen de las quinterías-silos, que son algo más que un refugio circunstancial, como es el de la reducción de distancias a los predios para los trabajos y un menor desgaste, por el mayor descanso de los animales, usando las quinterías para hacer “varias noches”, o toda la semana. Nunca la noche del sábado, pues el descanso dominical fue una constante de La Mancha, excepto en la recolección. (Hoy es sábado y no quiero / dormir en la quintería / porque rondan los gañanes / y yo me muero de envidia); llevado después a la lírica zarzuela por el maestro, cuasi manchego, Jacinto Guerrero.

La construcción de la quintería, de los silos, como casas o como chinforreras, de las que también hablaremos, está en relación directa de la distancia a las tierras que se iban roturando, conforme aumentaba la necesidad de mayores cosechas por el aumento de población. Así se incrementaban los graneros y cultivos en detrimento del bosque mediterráneo, que fueran los montes de encinas de Mancha. Los habitantes fueron más granívoros que carnívoros, con más hidratos de carbono que proteínas en la alimentación humana. Y así, con esas roturaciones y desforestación, La Mancha se hizo más seca aún de lo que significa en árabe: MAN XA, igual a tierra reseca.

Estos silos-quinterías, diseminados por el término y hacia donde éste es más distante y carente de areniscas, donde el silo se hundiría, tiene el inconveniente de existir piedras en su terruño, silíceo o pizarroso, que resulta impropio y de mala calidad para la excavación con fines habitables, resultado y duración de los silos. Por esta causa no hay ninguno en el campo que, por su antigüedad, fuera el precursor o prototipo del silo-quintería. Así, esta posibilidad de que el silo fuera primero el del campo, no parece tampoco exacta, a pesar de las razones y posibles orígenes que se emiten sobre ello.

En nuestro término, el número de silos-quinterías entre los actuales y los que están en ruinas, las cuales aprovechan los conejos para sus vivares, son: la Atalaya, otros en los Castillejos, los de Chacón y los de Polanco, que suman casi un centenar, conocidos por nombres rememorantes, como: silo Blanco, de Borregas, Picola, Parra, Celedonio, del Mal Casado, Cuatro Esquinas, del tío Facó, del Manco El Giro, de la Monreala, del Tío Proto, del Narizón, de Tachuela, del Tío Pavía, del Nano, silo Huerta, de Marate, en Pileró, que es el mayor de todos; también el de Nuño, y otro de Marate, muy grande; en la estación de Lillo, del Tío Pulidillo, de Cuatro Tetas, del Tío Puñética, (donde murió éste, con su soledad de anacoreta), de don Crispulo, del Mangotero, de Rito y muchos más de nombres festivos y simpáticos, y que además sirven de referencia y toponimia del término municipal.

Este recuerdo de los silos-quinterías, de los que se daba la llave a quien la pidiese y su renta o alquiler era la basura que hicieran las caballerías; con toda su trayectoria local, familiar, laboral, etc., rememora a los villacañeros tiempos pretéritos y episodios simpáticos. Aquellas cuadrillas de escardadoras, vendimiadoras, lentejeras, segadores, meloneros y lo más corriente de la gañanía. Días de lluvia sin salir del silo, haciendo tomiza o pleita, arreglando el rollo del ubio, el estiraperro o las lañas de las abarcas; porque en La Mancha, los aperos de labranza eran “autoartesanía” y complemento del trabajo en la tierra la construcción y reparaciones de los aperos. Y quedaba tiempo para por la noche, después de la cena frugal de aquel arroz con aceite crudo, tomatillas y patatas cortadas al torniscón, auténtica cena de quintería. Al mediodía la comida era mojete y las gachas al amanecer; de velada, jugar al truque unos manojos de espárragos a los esparragueros, o docenas de pájaros a los ballesteros, que tanto madrugaban para poner las ballestas y granear la senda antes aún de que las alondras y las muñonas lanzaran sus trinos de saludo y bienvenida al padre sol. Entonces, en este pueblo se consumían muchos pájaros, y se exportaban a Francia por los recoveros que “hacían” (vocablo comercial villacañero), pájaros, consiguiendo precios más bajos en los excesos de capturas. Y sin embargo, había entonces muchos más pájaros que hay ahora, que nos alegraban con sus trinos. Se nos dirá que por la agroquímica; pero hay más perdices ahora. La explicación de la ausencia de ciertas aves es sencillamente su condición total o parcial de insectívoras, ya que los tratamientos químicos aniquilan los insectos. Lo han demostrado estos años en que, por tratamientos aéreos de la población, contra el molesto mosquito nocturno, hemos casi acabado con los vencejos y golondrinas y con sus trinos característicos al caer las tardes del estío, volando en bandadas velozmente alrededor de la torre unos y siguiendo con su recorrido las calles a baja altura, las otras, cazando los mosquitos con su pico abierto.

Los silos del campo no suelen tener cimbra, ni tampoco peineta y también menos encalamientos. Y la chimenea, siempre redonda y más baja, y

con una sólo puerta al fondo de la caña, hecha con tablones de trilla vieja con sus pedernales clavados de donde se sacaban para el chisque, (eslabón y pedernal), para encender el cigarro. Y su enorme cerrojo de seguridad y la mirilla redonda de quita y pon, para tiempos de cuatrerros.

El movimiento y actividades que antes de los amaneceres se observaba en los silos de la Atalaya, donde tantas labores se juntaban, amén de alguna “tropá” como se denominaba a los labores de más de dos pares de mulas, era de colmena, saliendo mulas y gañanes de los silos como el interior de la tierra, como con contrabando, unciendo con prisas para bajar a dar agua al único pozo cuanto antes, para menor espera en la cola interminable y entre ramalazos a las mulas remolonas o voces e improperios para sujetar su avidéz, era un acontecimiento. El pozo no tenía garrucha, teniendo que sacarse el agua a caldero lleno, a brazadas, y ¡cuántos relojes de los zagales se cayeron a ese pozo! Y una vez abrevadas las caballerías, y éstas ayuntadas por el ubio y al mando de sus gañanes, salían en todas direcciones en pos de su barbechera.

Chinforreras

También en las quinterías, además de silos y de casas, existe la “chinforrera”. Y pasamos a definir éste hábitat campestre y también su nombre y etimología, ya que se desconoce hasta en pueblos limítrofes y no existe en ningún diccionario, incluso ni en el de “voces manchegas”, que intercala don Francisco Rodríguez Marín, en su, EN UN LUGAR DE LA MANCHA..... (Madrid, 1939).

La chinforrera es un silo malogrado, que no se puede profundizar y vaciar por su terruño, deficiente en compacidad. En la parte del término más campera, menos manchega si cabe, que corresponde al siluriano ordovicense donde hay más piedra, resulta imposible sostener el vano del techo en habitaciones y cuadras con una bóveda natural. Entonces se hace la excavación a cielo abierto, hasta metro y medio aproximadamente, en fosos rectangulares; se cubre con bóveda de cañón, hecha con camón o cimbra, en hormigón de yeso y rípio y una vez cerrada y fraguada se cubre ésta con la tierra del vaciado, que iguala en color con la de los cultivos que la rodea, cubriéndose en la próxima primavera de alhelíes, amapolas y jaramagos. Sólo la única puerta tiene hasta ella un acceso, que, sin pintar o encalado, no difiere del contorno; sólo emerge la chimenea enana. Su camuflaje natural es el de una auténtica casameta militar de campaña. Las hay grandes, ya en ruinas, como la de doña Angelita, la de los Picas o la de Cepeda, capaces para varios pares de mulas. Y otras dedicadas a majadas.

Respecto de las posibilidades etimológicas de esta palabra, CHINFO-

RRERA, hay que considerarla como vocablo local. El eximio pedagogo, hijo predilecto de esta villa, don José Lillo-Rodelgo, me dijo:

CHINFORRERA. Hay que pensar en la posibilidad de que la palabra, como tantas veces, haya sufrido deterioro lingüístico. Y entre otros, pudiera ser de este modo:

CHIN-forrera. Pudiese venir de SIN-forrera. Pero la f de forrera, como tantas y tantas veces, es equivalente a la h y entonces nos daría SIN-horrera. La palabra SIN, viene del griego y significa conjunto, reunión, etc. (Sínodo).

SIN-horrera. Equivaldría a reunión o conjunto de algo. Por ejemplo:

a) cuando las hembras no quedan preñadas, cabras, oveja, etc., se las denomina HORRAS.

b) HORREAR, quiere decir reunir en un hato o piara todas las hembras horras. Entonces,

SINFORRERA, puede querer decir conjunto de lugares, sitios, estancias, donde se guardan o encierran las hembras horras.

Historias de los silos

Braulio

Braulio “camisón”, fue aquel que ocupó el silo con su soledad y le dio cobijo a él y a su recalcitrante soltería, durante largos años, hasta su óbito, que cerró una vida tan pintoresca como desordenada. Era un peón agrícola eventual, de los de burro entero y azadón de seis libras, y cuando no trabajaba ni se emborrachaba, iba con su burro a por leña y despepaba la mata-parda y la mata-rubia y la vendía, y si no, se la quedaba para calentarse en invierno; que estos derechos tenían los vecinos de este pueblo, por el hecho de serlo, a usar de estos bienes comunales o de Propios o ejidos, a pastar su ganado de renta y de vientre, trillar mieses, sacar agua de los aljibes o hacer leña, desde antes de que estas fincas pasaran a ser propiedad particular por obra de las desamortizaciones, y que aún después se respetó o toleró.

Bebía vino Braulio, a “esgaya” como dicen en Asturias y era el borracho oficial del pueblo. Perseguió a los chiquillos cuando, juguetones y saltarines, salían de la escuela de don Victoriano, o de Don Marcelino, o de don

Evelio y se mofaban de él; y alguno más audaz le tiraba de la blusa. Y mientras, él recitaba con voz entonada, algunos de los cantares que se sabía, por ejemplo, aquél de:

La madre que “tié” una hija,
se cree que tiene un caudal,
y “tié” una espuerta basura,
si se la quieren sacar.

Y con este cantar es posible que tratara de ahogar el recuerdo de la causa de su soltería. También cantaba otro que decía:

No hay cosa que más despierte,
que vivir cerca de herrero,
acostarse sin cenar,
y amanecer sin dinero.

Y solía intercalar con estribillo, aquél:

entre la ceniza muerta,
se mantiene el fuego vivo.

Solía rebuscar por las eras los vertidos de basura de las casas que carecían de barranco-estercolero, casino, tabernas, etc., y pasado el carnaval, hurgaba en un montón entre restos de serpentinas y confetis, y le preguntaron: ¿buscas papeles, Braulio?, y contestó rápidamente, como siempre, girando sobre sí en una morisqueta, con su perfecta pronunciación castellana y peculiar entonación de beodo: ¡los papeles “pa” la Audiencia!

En los rincones que en la calle forman ciertas casas, se solía esconder, después de tirar al suelo algunas perras gordas, aquella moneda de calderilla de cinco y de diez céntimos, que era de cobre su aleación, y decían que dicho mineral cúprico se extraía del cerro donde el castillo de Consuegra, llamado Calderico, y de ahí, que la moneda fraccionaria se llamara y se llame calderilla. Bueno, me estoy apartando del tema y desde las calles de Villacañas me he ido a esa bonita y antigua ciudad de tanta historia, precursora de nuestra villa y capital del priorato de San Juan. Decía que las grandotas perras gordas, (por su efigie de un león), por su negrura y tamaño, llamaban la atención de cualquier viandante y se agachaba a cojerla, y entonces es cuando el buen Braulio, daba el susto por detrás, saliendo de su escondite, proclamando sentencias con su verborrea y haciendo morisquetas.

Con sus borracheras se acostaba en su camastro, sobre la tarima que los silos tenían del mismo terruño, sin vaciar, a ambos lados de la chimenea, y

se le olvidaba apagar el candil y entonces solía echar mano a su escopeta, de baqueta, que tenía siempre cargada y apagaba el candil de un disparo. Y se reiría jubiloso en la obscuridad. Y otras veces, para llamar la atención y enjugar su soledad, prendía fuego a su leñera en pleno verano y como los silos están en la parte dominante del pueblo, allá subían cuesta arriba y jadeantes los vecinos, pensando en un incendio y se encontraban a Braulio sentado frente a la hoguera cantando su melopea.

El Tío Bruno Pispin

Y decía el silo: como no tengo paredes no me las traspasa, por mi inconductibilidad térmica, ni el frío del invierno helado de La Mancha, ni el calor tórrido del verano en estas llanuras que Cervantes eligiera para escenario de aquellas aventuras del maravilloso loco, aunque sin querer acordarse del lugar..., pues poseo una temperatura constante que no alteran las estaciones del año. Y las mismas ropas de cama hay por la Pascua que por Santiago. Pero en el verano, y después del trabajo en el rastrojo o en la era, y previo un regado matapolvos, descansaban bien mis moradores a partir del “solespone”, cuando éste ya se había puesto y las estrellas aún no se divisaban: el firmamento, a poniente, se pintaba de tintes cárdenos y arboles que nos recuerda su colorido las capas de los Santos, se estaba muy bien en mi patio. El patio se llama en el silo a la superficie aplastada y compactada por su uso, encima de las habitaciones y en todo el cuadrilátero que constituye la propiedad, restada la superficie de la caña.

Digo que en mi patio, sentados en los serijos, se descansaba, se cenaba, se charlaba con la vecindad y cundía la interpretación de la información diaria local, entre tragos a la calabaza del vino, de los aconteceres, con decires punzantes y sentencias, y siempre actuando de actores. No como ahora, viendo la televisión, en la que sólo se actúa de espectador y apenas sin comentario para no interrumpir la percepción de lo que dicen, por si acaso es bueno. La televisión resta a las personas posibilidad de protagonismo; solo actúa en ella el profesional.

Y en este patio se hacían también todas las faenas colectivas, matanza, monda de la rosa del azafrán, limpieza del cebollino de la misma, esquilar las caballerías, y lo que es peor, velar a los muertos en el verano: Recuerdo cuando era niño mi transcriptor, llevarle su padre de la mano, al entierro del tío Bruno Pispín, que era pariente lejano y había sido su segador y además un santo, y ataba tan bien la mies para que cargara los carros mejor colocados que entraban en las eras.

Decía que en mi patio, una tarde de verano, sacaron el ataúd del silo; como una exhumación, que los entierros en estas viviendas subterráneas

son al revés, parecen milagros de resurrección como si todos los que morían en silo se llamaran Lázaro. Y así sacaron el menudo cuerpo del tío Bruno, que llevaba traje negro, quizás el de casar y camisa blanca planchada con almidón, y sus manos, su cara y su calva del color de la cera. Su traje y ataúd, hechos a medida y lo demás, suelo, terreros, cambronerías y cuerpo muerto se confundían como una misma cosa: naturaleza. Se palpaba la sentencia divina, polvo eres y en polvo te convertirás. Era la evolución física sin solución de continuidad. El viaje final. El tránsito. Que así eran los velatorios de nuestros moradores cuando fallecían, igual al del tío Bruno Pispín.

Bibliografía de los silos

Hasta la fecha no es muy abundante lo que se ha escrito sobre los silos. Wenceslao Fernández Florez, allá por los años cuarenta y reciente la bomba atómica de Hiroshima, publicó en ABC un artículo, con algunas fotos, que tituló “Guaridas del Hombre”, considerando al silo, con el buen humor que le caracterizaba, como refugio antiatómico, terminando así su artículo: “Entonces alcanzará categoría de precursor el pueblecillo manchego de Villacañas, al que se refieren las fotografías que ilustran esta divagación. Cuatro mil personas viven en él, en habitaciones cavadas bajo la llana tierra. Más de cien años cuenta el pueblo y en este lapso las moradas se han embellecido y cuentan con luz eléctrica y hasta con flores. Sobre la llanura apuntan únicamente las chimeneas. No se trata de cuevas, como las de Granada o las de Guadix, sino de confortables albergues. La gente en ellos es feliz, aún sin saber que algún día se les citará como precursora y su pueblo pasará a llamarse, Villacañas de la Anticipación”.

También por aquellas fechas, la revista editada por el Instituto Juan Sebastián Elcano, con el subtítulo de “Publicaciones extranjeras sobre temas de geografía española”, y del alemán Otto Jessen, publicó *La Mancha. Contribución al estudio geográfico de Castilla la Nueva*, traducido por Joaquín Gómez de Llerena, un estudio sobre varios pueblos manchegos y entre ellos dedica especial atención a “Las cuevas del famoso barrio troglodita de Villacañas”, incluyendo dibujos y fotografías de nuestros silos. Es un trabajo excelente, más bien expositivo de este tipo de vivienda humana, aportando datos y características reales del silo; reportaje efectuado con bastante anterioridad. Supone que ciertas figuras geométricas, en relieve, que se ven en el frontispicio de la cimbra “son símbolos solares que con frecuencia se encuentran en los más distintos tipos de culturas”. Supuesto que hay que desechar y atribuirlo simplemente a adorno o distinción o identificación del silo, ya que la forma y características externas de estas viviendas subterráneas son una constante. Y además, la construcción del silo no es tan arcaica, según hemos expuesto.

Y también el “BODEN” (Cuaderno Ceplástica), editado por la Unión Explosivos de Río Tinto S.A., estudia minuciosamente el silo y abunda en su descripción con fotos y dibujos interesantes; profundiza en el aspecto social y cultural y lo titula “El Hábitat subterráneo. Villacañas”. Tratan los autores de este estudio, un equipo de arquitectos colaboradores de esta Revista, de profundizar en los orígenes de esta vivienda y también de sus constructores y moradores, de unas raíces antiquísimas, de ahí apuntan la posibilidad de los “signos solares” de que nos habla Jessen, a quien también citan y valoran, y que el silo sea o fuera una consecuencia de esos antecedentes socio-culturales. O por el contrario, que el silo haya nacido dentro de una cultura rústica, campesina, con una formación familiar y social como su entorno local manchego, abonado por las condiciones que se dan para el vaciado del silo por su suelo sedimentario, niveles freáticos, baratura del solar, etc. También apunta este trabajo de la comunicación social entre vecinos, pues se sale del silo por cualquier pretexto para comunicarse; ellos a liar un cigarro y ellas con la escoba bajo el brazo a charlas con la vecina; o se hace la colada y se tiende al sol, se dispone de un fogón al exterior o en plena caña, etc., y lo atribuyen a una necesidad ansiosa de comunicación por su aislamiento en la subterrneidad del silo.

Consideran también que el silo es como los antípodas de la arquitectura popular española y sobre todo de la casa de Adán, aquella del Edén, primera del mundo, a que se refiere J. Rukwert, y sobre ellos expresan supuestos y lucubraciones enigmáticas no exentas de fundamento.

También Francisco García Martín, villacañero, licenciado en Historia, publica en “LA VOZ DEL TAJO”, Talavera, un trabajo que titula “Los silos de Villacañas”, con alguna fotografía y dibujos con la distribución de las distintas estancias del silo, y abunda en consideraciones sobre esta vivienda subterránea, por ejemplo que la “lucha por habitar un espacio con medios mínimos de construcción en un medio hostil, ha alcanzado en Villacañas cotas insospechadas”. Hace una extensa exposición de elementos que complementan al silo, enumerándolos prolijamente en tan corto trabajo con juiciosas observaciones. Y cita al respecto otro trabajo suyo, en el Seminario de Etnología C.U.T. de 1978, no publicado, con el título “El hábitat manchego en la subárea cultural de Villacañas”, donde debe entenderse en otras consideraciones respecto a esta vivienda subterránea¹

La revista “CAMBIO 16”, en Mayo de 1984, publicó un reportaje que titula “*Topos humanos*” con buenas fotografías y un dibujo de planta; no profundiza en el estudio y orígenes del silo, y cita un reciente trabajo al respecto elaborado para el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, pa-

1 Las fuentes de información histórica y de tradición en los dos anteriores trabajos, son las mismas, y ellos, muy amablemente, me citan en su publicación.

ra la conservación de este tipo de vivienda, realizado por los arquitectos Sres, Santos y Bravo. Lo firma Sebastián Moreno y las fotos son de E. Bugallo. Aporta algunas citas históricas, que ya son tópico en todos los reportajes sobre los silos.

En el nuevo INVENTARIO DEL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO DE INTERESES HISTÓRICO ARTÍSTICO, del Ministerio de Cultura, Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos (Madrid 1979), figuran los silos con el número uno de la relación del listado de edificios a proteger en esta localidad, que comprende las ermitas, Ayuntamiento, casona de la calle de los Mártines número 10, la iglesia parroquial, que describe con sus detalles arquitectónicos.

En el cuadro sinóptico, los cataloga de “inmediata la necesidad de actuación”, así como en cuanto a protección, en la “integral”.

La descripción que hace de estas viviendas subterráneas es corta en detalles y exigua en contenido, insuficiente a todas luces para cualquier determinación, y en “Observaciones” añaden que “hay numerosos silos abandonados y derruidos, incluso habiéndose construido sobre ellos. Y que sería interesante protegerlos de manera especial, ya que existen pocos ejemplos de ellos y aunque tuvieron extraordinaria proliferación en este siglo su aparición se remonta al siglo VIII...” (Por mi parte considero este dato del siglo como erróneo, ya que el silo surge diez siglos después).

En su bibliografía cita a Feduchy, “*Arquitectura Popular*”, de la que aún no había sido publicado su tomo V, que comprende la zona central de España; y a García Montes en “*Villacañas y su historia*”. También se refiere a los silos Carlos Flores en su obra ya citada “*Arquitectura popular española*”. Editorial M. Aguilar, Madrid, 1979, tomo III, pág. 446, 447 y 448.

Es una aportación al estudio de esta vivienda subterránea manchega que la hermana con las levantinas de Paterna y Benimamet, en Madridesjos y Villacañas, especialmente en esta última, agrupados los silos en el llamado Barrio Nuevo. Habla del frecuente encalamiento e inmaculada blancura. Enumera las distintas partes del silo, según dibujo numerado copiado del de Otto Jessen, aunque dice “según M. Terán”, y se extiende en levísimos datos sobre esta vivienda. También aporta, además de fotografías, dos dibujos del silo en sección vertical y uno de planta.

Por último, Antonio S. Horneros Gómez, en *Arquitectura Popular Toledana*, publicado en “Temas Toledanos”, que edita el I.P.I.E.T. (Toledo, 1981), dice que los silos de Villacañas son hábitat procedentes de las culturas mediterráneas, norteafricanas y del sur de Europa y son bien diferenciados los manchegos de los de Méntrida y Espinoso del Rey. Descri-

be los distintos departamentos de que constan a partir del zaguán, la textura del terreno, etc., y cita a don Luis Moreno Nieto en cuanto al número de silos que existían en 1975, (1.071 en Villacañas y 2.058 en toda la provincia); La Guardia, Quero, Santa Cruz de la Zarza, Villatobas, Seseña, Madrudejos, y Villacañas. También cita bibliográficamente mi “Villacañas y su Historia” y cita la chinforrera como de origen almeriense. Aporta un dibujo de planta del silo en alzada y dos de sección vertical, copiados, dice, de Carlos Flores.

Joaquín Lorenzo Fernández, en la “Revista de Dialectología y Tradiciones Populares” publicado por el C.S.I.C., Centro de Estudios de Etnología Peninsular, Madrid 1949, publica un trabajo, págs. 420 a 434, que titula “Los silos de Villacañas”, en el que enumera las costumbres sociales de los habitantes de estos silos. La evolución familiar, regalos a la novia, construcción del silo, y con él habitado, la plenitud de derechos e independencia que ello supone: “de hijo de familia pasa a ser jefe de ella”. Y antes, las dádivas (regalos), que cronológicamente se hacían en fechas y fiestas determinadas. Mobiliario y enseres de los silos y costumbres inveteradas. Enumera las habitaciones, uso y distribución.

Dice que esta información fue hecha a comienzos del año 1936 y tiene algunos dibujos, tanto del silo en su interior como exteriores.

Al acceso al silo, entrada, bajada o escalera, que se denomina CAÑA, él dice, con mala fortuna CAÑADA, reiteradamente.

Luis Feduchy, en *Arquitectura Popular*. Tomo V. Publicado en Dicbre. 1984 por Editorial Blume-Labor, Barcelona. Publica dos fotos de exterior de un silo; cinco dibujos de planta y perfil y un breve comentario sobre los silos y algunos detalles. Incluye un vocabulario alfabético de la nomenclatura de los silos y denomina CAÑADA a la CAÑA, al igual que la bibliografía anterior, de J. Lorenzo Fernández, a quien cita.

Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo

Y últimamente, en el espacio de unos meses que este trabajo mío ha guardado espera de su publicación, ha visto la luz una monografía de la Dirección General de Arquitectura y Vivienda del M.O.P.U., titulado “Los silos de Villacañas”, que corresponde a lo anunciado en el reportaje publicado por la revista “CAMBIO 16”, con el título de “Topos Humanos”, para la conservación de este tipo de viviendas, que incluyo en la página 136.

En esta monografía oficial se hace un estudio detenido de los silos, en cuanto a Arquitectura popular que desborda, por su profundidad y pro-

fesionalidad, los móviles y circunstancias de la apertura en su día de los silos que su promotores, y en las propuestas finales de dicho libro abogan por la preservación y pervivencia del silo a toda costa y dan las instrucciones y procedimientos para ello: concienciación de la población por todos los medios de comunicación de masas, disposiciones municipales, exención de impuestos, ayuda en las reparaciones, cal gratis, etc., y sugieren la construcción en cada silo de un cuarto de baño, lavaderos, agua caliente, etc., en el corral o traspuesta y también ventilación de las habitaciones mediante extractores.

Yo pienso que las circunstancias que permitieron y aconsejaron en su día la construcción de los silos y su proliferación son varias y concurrentes, según hemos estudiado, así como las de su abandono y erradicación, se reducen a una sola: progreso. Y éste en todos los sentidos; civilización, cultural y bienestar social. Volver a habitar el silo es impensable; sería una regresión, que en la vida social jamás se ha dado. Su nueva excavación sería costosísima; pura artesanía, pues ahí no cabe la máquina. Y en los silos viejos, la subida de los niveles freáticos, la obra municipal de saneamiento, el abandono de sus enjalbegados periódicos y ausencia de atenciones, han consumado su deterioro e inhabilitación.

El silo en la actualidad

Algunos silos siguen habitándose en la actualidad. De los cuarenta que aún hay habitables, están en el antiguo barrio de Santa Ana, 5; en el de Madrid, 7; en el de Zamora, 2; en el de Santa Catalina, 3; en el de la Cierva, 2; en el Nuevo, 4; Concepción 5; Zaragoza, 2; Genaros, 3 y Vistillas, 5. Cada vez menos, pues la mayoría de ellos se han reconvertido en casas que se han edificado dentro del solar suficiente, quedando los silos relegados, que no abandonados, a guardar leña, criar conejos y gallinas, almacén de aperos y herramientas. Como el total del solar ha quedado con un cerramiento completo, ateniéndose al plan de urbanismo, se ha concluido con la profusión y confusión de los barrios en que los silos estaban insertos, con el número pintado en la chimenea y con sendas y atajos tan arbitrarios que resultaba un laberinto circular por ellos, y un problema llegar a uno determinado.

Esta supresión de los barrios y reconversión en calles se llevó a cabo en 1975, antes de que la edificación caprichosa aumentara el laberinto. Se trazaron viales con el mínimo perjuicio a la propiedad de los solares, a cuyas alineaciones debían atenerse los nuevos edificios y surgieron rápidamente calles simpáticas y recoletas, algunas cortísimas, pero en tal cantidad, que fueron 119 las calles nuevas que se rotularon, en un pueblo que tenía 47 solamente, coronándose felizmente con esta reconversión de los barrios la disposición dictada y ejecutada por aquella Corporación Municipi-

pal y sus técnicos. La rotulación de tantas calles como quedaron abiertas, se hicieron por núcleos perfectamente delimitados, uno con nombres de personajes del Quijote, otro de ríos, otro del santoral, otro de animales de caza y el mayor con nombres botánicos. También se acordó entonces editar una guía o callejero de bolsillo, para mejor información e identificación; pero aún no se ha publicado, por cierto.

También ayudó al desalojo del silo por sus habitantes la construcción de las casas del barrio "Príncipe de España", en un solar comprado por el Ayuntamiento, (más bien cedido gratuitamente por sus numerosos propietarios, ya que se valoró a ocho pesetas el metro), de 80.000 metros cuadrados, para casas unifamiliares de una sola planta, que realizó la Obra Sindical del Hogar con amortización en 25 años y un precio de 220.000 pesetas. Hoy, su valor se cuenta por millones cada una, sin haberlas concluído aún de amortizar los adjudicatorios. Estas casas, pese a sus atractivas condiciones, no tuvieron la total aceptación de los habitantes del silo, para quien exclusivamente y después de una gran labor política cerca de los Poderes Públicos, se construyeron por ley especial como medida de erradicación del silo, habiendo de adjudicarse para su total y necesaria ocupación del barrio a quienes lo solictaban sin más condiciones, ni ser habitante de silo. Este extenso barrio, con 275 viviendas, contiene 50 calles, de las que se rotularon veinticinco con nombres de las capitales de provincia de la España septentrional, a partir de la avenida de Castilla, que es la más larga y da vistas a la carretera de Tembleque. Las otras veinticinco no se rotularon por no ser necesario, pues son a las que dan los corralillos, hoy cocheras en la mayoría de los casos; o ampliación de la vivienda a espaldas de la puerta principal, ya que todas dan a dos calles.

Así que este pueblo, ya sin silos a la vista o con muy pocos de ellos y la reconstrucción de la inmensa mayoría de las casas de las 47 calles viejas, durante una docena de años han hecho desaparecer la fisionomía total y arquitectónica tradicional, con su característica anterior de casas manchegas de labor agrícola, dobladas con pájar y cámaras para el grano de la cosecha, con alguna ventana pequeña, enjalbegadas en su parte superior y alero, y la parte inferior de color amarillo o azul, que la dividía del superior un imposta a la altura del forjado, con clavos para colgar las colchas majas en la procesión del Corpus. Sus puertas claveteadas para carruajes, con sus guardacantones, han ido haciendo desaparecer esta casa típica de genuina arquitectura manchega, para dar paso a una nueva, de menores proporciones, fachada airosa, careada de ladrillos vistos, con terrazas y miradores, ya que la vivienda es la planta alta: los bajos son para tiendas, oficinas, almacenes o cocheras de los tractores y demás vehículos. En las fotografías de la misma vista del pueblo tomada desde la torre con una diferencia de 60 años; puede apreciarse la evolución, tanto de sus tipos de casas como la construcción de éstas sobre lo que antes fueran silos, que con sus cambroneras asfixiaban como un dogal al casco de la población.

MADOZ, Pascual. Dic. *Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1847.

MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS Y URBANISMO. Dirección Gral. de Arquitectura y Vivienda. *Los Silos de Villacañas*. Madrid, 1985.

MORENO Sebastián. Revista "CAMBIO 16", Mayo 1984.

PADRE SALMON. *Resúmen histórico de la Revolución de España*. Año 1808. (B.N.)

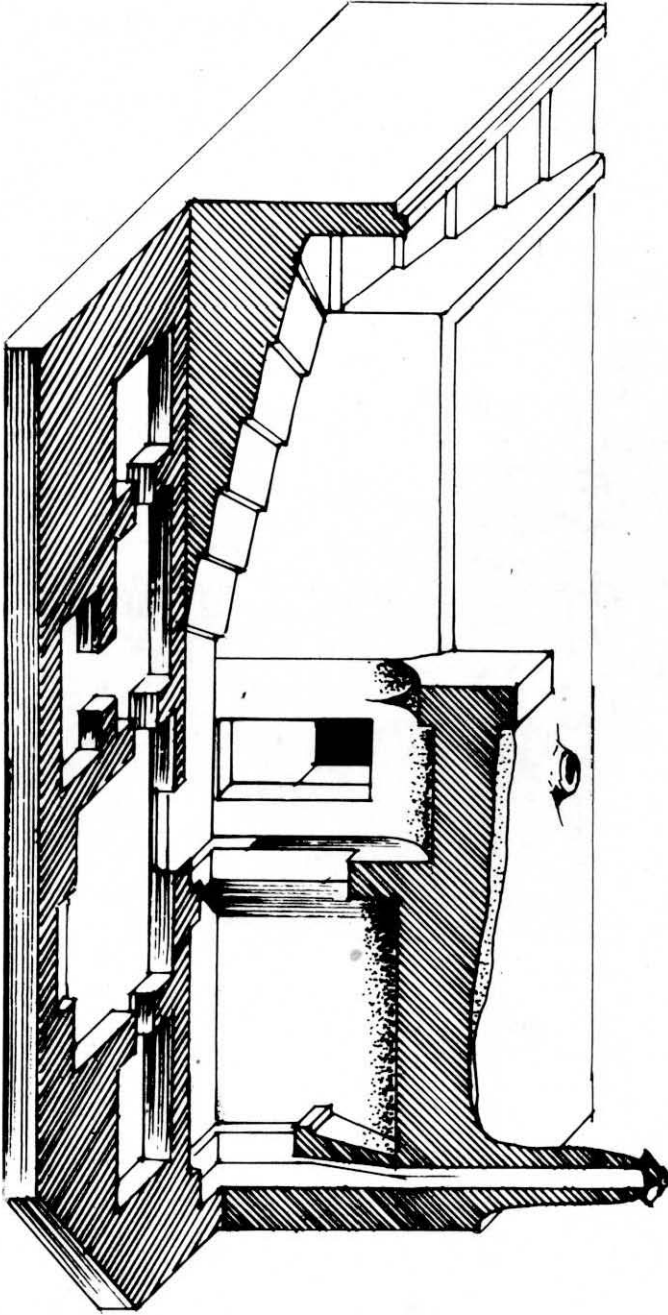
PATRIMONIO ARQUITECTONICO DE INTERES HISTORICO ARTISTICO. Ministerio de Cultura. Madrid. 1979.

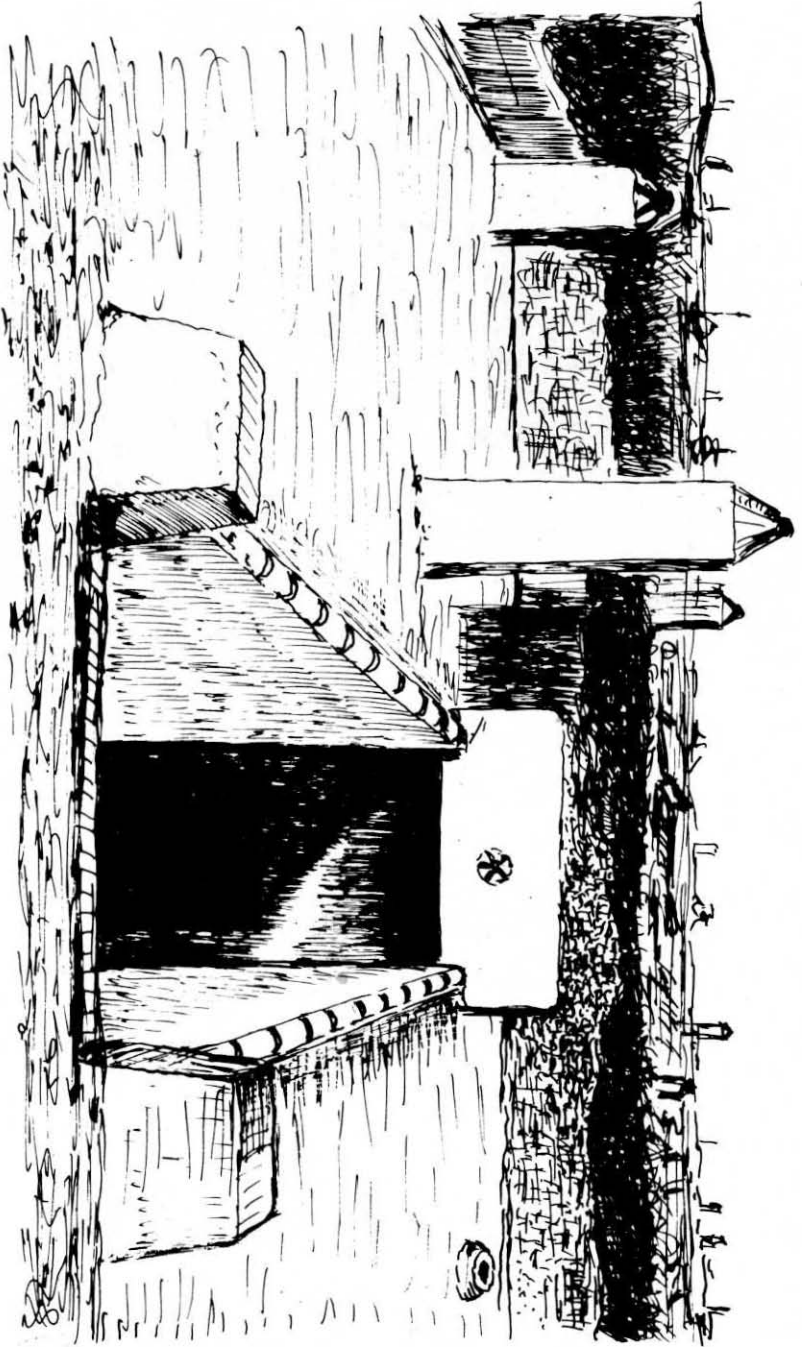
RELACIONES DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA. C. Viñas y R. Paz. C.S.I.C. Madrid, 1963. artículo "Villacañas".

RODRIGUEZ DE LA TORRE, Fernando; *Datos estadísticos "Almud"*, rev. Estudios Castilla-La Mancha. 7.8.1983.

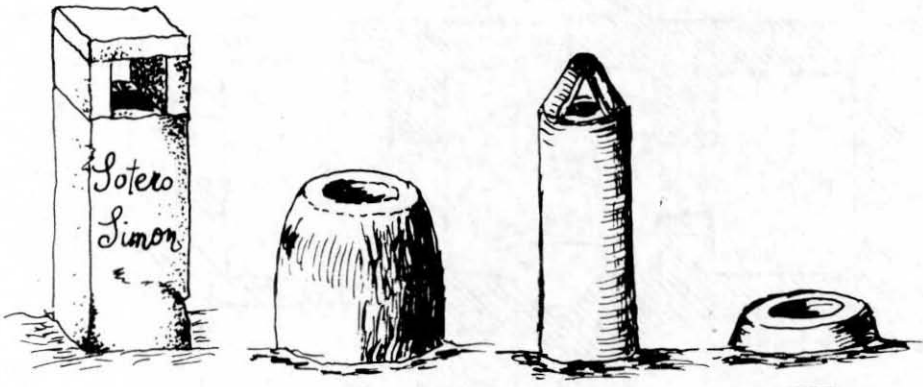
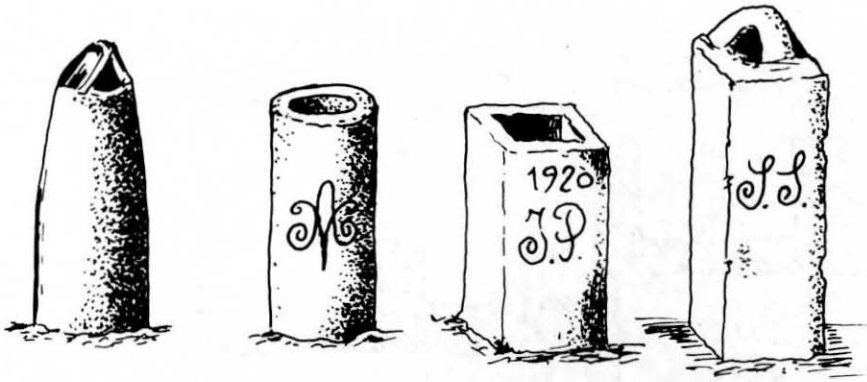
SANCHEZ-HORNEROS GOMEZ Antonio. *"La arquitectura Popular Toledana"*. TEMAS TOLEDANOS, I.P.I.E.T., Toledo 1981

Dibujo alzado de un silo en corte vertical.

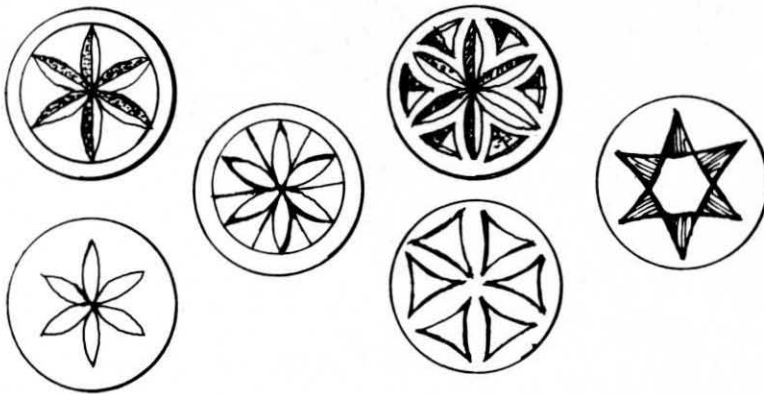




Aspecto exterior de un silo.



Chimeneas que emergían de estas viviendas subterráneas.



Medallones en alto relieve de yeso que adornaban los frontispicios de la cimbra.

Silo de Villacañas. Dibujo alzado de planta, y distribución.

- 1.— Caña. Escalera de acceso en rampa.
- 2.— Zaguán. A cubierto bajo la cimbra.
- 3.— Sala de respeto. (Comedor majo).
- 4.— Alcoba y trastero.
- 5.— Alcoba.
- 6.— Alcoba.
- 7.— Granero.
- 8.— Cocina.
- 9.— Cuadra.
- 10.— Pajar.
- 11.— Gorrinera.

